

# DOMINGO 28 DEL AÑO “A”

Is 25,6-10 + Fil 4,12-20 + Mt 22,1-14



## **Las parábolas**

---

No son cuentecitos del pasado dichos con estilo paternalista para que las pobres gentes incultas entiendan la doctrina de Jesús. Tampoco son ejemplos sencillos para ilustrar una teoría. No apuntan a nuestra inteligencia, sino a nuestro más profundo interior. Las parábolas buscan interpelarnos como creyentes, es decir, nos incluyen a nosotros en la historia narrada. Nos invitan a pensar nuestro papel en el relato y nos piden una toma de postura personal en nuestra vida cotidiana. Tratan de sacarnos de nuestro letargo y nuestra parálisis y nos llaman a depurar actitudes.

## **La gratuita invitación al banquete de bodas**

---

Revela el modo de ser de Dios. El Dios de Jesús no es un amo explotador que exija a los hombres que se ganen lo que él les da, tal como lo retrataba el pensamiento fariseo con sus legalismos. El amor de Dios, como todo amor verdadero, no pide nada a cambio. La idea de banquete como símbolo de la felicidad plena era común en un pueblo siempre hambriento. Pero no se trata sólo de llenarse individualmente el estómago: el banquete consiste en estar satisfecho y alegre junto a los amigos. La comida es símbolo de la palabra de Dios que comunica el sentido de la vida. *“No sólo de pan vive el hombre”*. Creer en Jesús es aceptar la palabra de Dios. En realidad, se nos invita a una comunión con Dios, a un convivir con él, a un existir con él. Somos invitados por amistad a vivir una amistad.

## **El vestido que es preciso llevar**

---

Pero, al igual que sucede en otras ocasiones, la parábola es doble: en su segunda parte se habla del vestido que es preciso llevar. El discípulo no puede limitarse a constatar que los sumos sacerdotes rechazaron la invitación divina: también él

puede excluirse del banquete. La cuestión no es tanto formar parte de un nuevo grupo religioso como la de dar una nueva respuesta a una nueva revelación de Dios. No es suficiente con acudir al banquete: es preciso también llevar el traje de fiesta que el mismo rey proporciona. Hay que estar a la altura de las circunstancias. Los discípulos han de revestirse de una vida que esté en consonancia con el llamamiento recibido. Vestíos de justicia y santidad. Actuad como Dios actúa. El modo de obrar externo de los seguidores de Jesús (positivo y atrayente como un vestido de fiesta) será lo primero que descubran quienes les contemplen, al igual que el traje es lo que más inmediatamente percibimos en los demás. Pablo explica en diversos lugares de sus escritos la metáfora del vestido (Entre otros: Ef 6,14 y Col 3,12).

## **La invitación es a un banquete de bodas.**

También en esto puede haber equivocación por nuestra parte. Es curioso que vayamos predispuestos a participar en un triste y soporífero funeral. A pesar de nuestra tendencia a lo cómodo, aceptamos con más facilidad a un asceta duro como Juan el Bautista que a un Jesús a quien, al no distinguirse por sus penitencias, llamaban comedor y bebedor. Muchas veces, hasta las palabras «fiesta» o «alegría» parecen perder su capacidad explosiva cuando se pronuncian en nuestras misas. Sacrificio, resignación, mortificación, sufrimiento, cruz y muchos otros giros de similar significación luctuosa son desproporcionadamente frecuentes en boca de los cristianos. Ya va siendo hora de que le arranquemos a Satanás la usurpada prerrogativa de haber inventado y monopolizado el gozo y de habernos dejado a nosotros solamente los mendrugos de la renuncia, las cenizas de la cuaresma.

## **Un cristiano triste, es un triste cristiano**

Es la célebre frase de Bernanos. Y, sin embargo, nuestro talante parece manifestar que nos sentimos más oprimidos que queridos por Dios. Vivimos una boda con espíritu de entierro. No llevamos nuestro cristianismo con traje de fiesta, sino con ropa de trabajo. Pese a las reiteradas exhortaciones de Pablo: «*Estad siempre alegres en el Señor. Os lo repito: estad alegres*» (Flp 4,4) nosotros preferimos decir «*alegría sí, pero hasta cierto punto*» o montar una fundada exégesis que convierte el «*alegres en el Señor*» en aburrimiento puro y duro. Con esta funeraria vivencia interior no es extraño que nuestras eucaristías sean plomizas como un trabajo obligatorio y no deseado. Un ambiente así fomenta el alejamiento o el cristianismo de cumplimiento mínimo.

La pérdida de la alegría en el cristiano puede tener el mismo sentido que la aparición del dolor respecto a la salud: es un aviso. Creemos que el signo más allá del cual no debe pasar la generosidad imprudente, es la alegría. Uno tiene que seguir dándose mientras el don no le entristezca, mientras su generosidad sea espontánea y dócil, mientras la paz siga siendo el tejido con que teje sus jornadas.

Cantar o aplaudir no presuponen necesariamente que quien lo hace esté alegre. La alegría es algo que nace espontáneo al contacto sentido con otra realidad. Es como la voltereta que da Juan el Bautista en el vientre de su madre al escuchar la noticia de la encarnación de Jesús. Es algo que nace en lo profundo y da tono, da lo exterior. Si nuestro talante externo se presenta como gris y plúmbeo puede ser una señal de que es bien débil la raíz de nuestra fe.

¡Señor, ayúdanos a seguirte con traje de bodas! ¡Señor, aumenta nuestra fe!